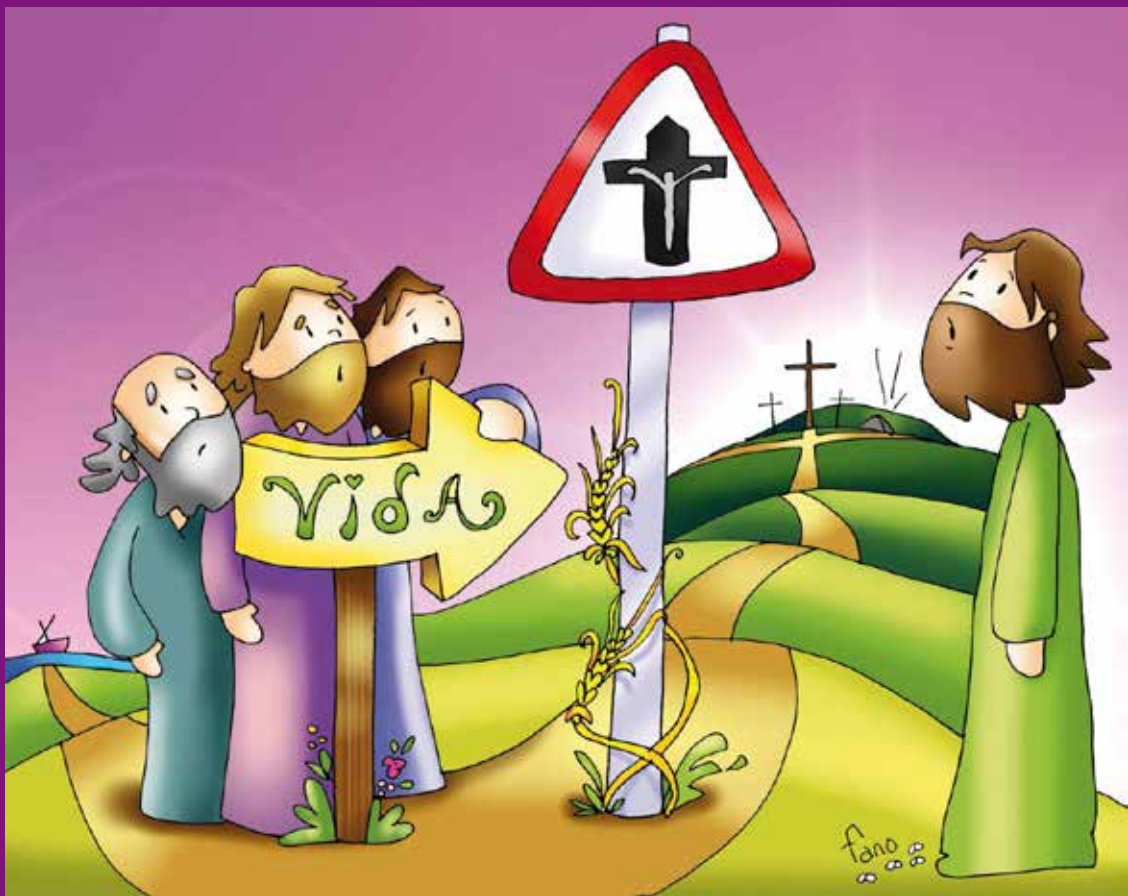


DaBar



Ciclo
B

21 de marzo de 2021
Domingo V Cuaresma

nº
21

Año XLVII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

También él tenía miedo.

Su discurso narrativo convence: el grano de trigo tiene que morir y ser enterrado para que dé fruto.

Lo sabe, pero tiene miedo.

El miedo que agita su alma. El miedo. Ese sentimiento que hace a Cristo tan humano, tan cercano, tan...nosotros.

El miedo que hemos pasado, el que estamos pasando y el que no sabemos si pasaremos.

Vivir en estos tiempos de pandemia, nos acerca brutalmente al miedo. Miedo por los nuestros, miedo por nosotros, miedo por los otros...miedo.

Durante el férreo confinamiento domiciliario aprendimos a sacar lo mejor de la vida, de los demás, de nosotros mismos. La solidaridad se desbordaba a borbotones, el compromiso, la responsabilidad, el cariño, la ternura, el amor. Éramos un solo corazón, éramos Reino de Dios.

El miedo, el sufrimiento, el dolor, se volvieron un solo latido. La humanidad era la plegaria de Jesús: "Padre, glorifica tu nombre" "Aparta de mí este cáliz" "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Pero también en el horror de la impotencia aprendimos a ponernos en sus manos. "En tus manos encomiendo su espíritu, tu espíritu, mi espíritu"

Parecen ya tiempos pasados. Nos hemos acostumbrado a la mascarilla y al gel hidroalcohólico. Desinfectamos nuestros lugares de trabajo con la rutina y despreocupación con la que fichamos. ¿Nos hemos acostumbrado? ¿Ya no lloramos con las cifras de fallecidos diarios?

Hacemos chistes con el "Resistiré" que tanto ánimo y vida nos dio.

Nos vamos relajando en el compromiso, la solidaridad, la responsabilidad... y el amor.

Parece una morbosa lotería en la que algunos llevan más números que otros, aunque hay "pedreas" muy peligrosas.

Seguimos teniendo miedo.

Pero algunos tenemos miedo a olvidar, a que se olvide tanto dolor, tanto sufrimiento... tanta solidaridad, tanto compromiso, TANTO AMOR.

Dios no quiere el sufrimiento humano, pero es capaz de darle sentido, de hacerlo esperanzador, salvífico.

Pongamos nuestro miedo en sus manos y confiemos en que haga de él otro Reino de Dios.

Concha Morata
concha@dabar.es



Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

El mismo día en que comienzo este comentario, acabamos de celebrar la misa del 4º domingo ordinario. La primera lectura es del Deuteronomio 18,15-20: "Dijo Moisés: El Señor, tu Dios te suscitará un profeta como yo, de entre tus hermanos. A Él lo escucharéis. Es lo que pediste al Señor..." Aparece clara la necesidad de renovación de una Ley entregada por mano de Moisés, pero quebrantada una y otra vez. La teología deuteronomística no podía sufrir más el fracaso de la Alianza del Señor. Si ni Moisés primero, ni los demás profetas, ni la historia de salvación por parte de Dios al sacarlo de Egipto de la esclavitud, ni el paso maravilloso por el desierto implacable, ni la culminación victoriosa de la entrada y asentamiento en Tierra privilegiada habían sido suficientes motivaciones para ser fieles a lo único que el Señor le pide: su fidelidad a una Alianza que además presupone la permanente fidelidad del Señor a su palabra. Hoy el profeta anuncia a su pueblo en nombre del Señor otro modo de fidelidad. No se tratará ya más de obediencia –el pueblo ha resultado rebelde como un asno- sino de una renovación interior que le posibilite la fidelidad porque brotará del interior del corazón. La Ley no va a ser ya cuestión de una ley externa –aunque venida de Dios mismo por mano de Moisés-, sino que brotará directamente de quienes aman al Señor en respuesta al amor de Dios mismo.

Esta nueva naturaleza inscrita en sus corazones posibilitará al Pueblo de Dios la capacidad para conocerlo sin posibilidad de error "porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande – oráculo del Señor-, cuando perdone sus crímenes y no recuerde sus pecados".

Con la garantía del amor de Dios que le empuja a perdonar, incluso antes de que nosotros hayamos reconocido nuestras infidelidades, podemos a ciegas, acoger en nosotros su alianza que interesa más al Señor que a nosotros mismos: porque "yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo". Esto parece un galimatías algo fuera de la lógica humana, ya que 'nadie vende duros a cuatro pesetas' o lo que es lo mismo en lenguaje bíblico 'Nadie regala su herencia por un plato de lentejas'. Todos sabemos que los cálculos divinos no son los nuestros; en sus últimas Cartas el papa Francisco nos lo ha explicado muy bien al recordarnos 'que nada es más valioso para el Señor que el hombre, cualquier hombre'.

De otra manera ya lo había expresado 'el divino Machado', cuando nos legó el dicho castellano "Nadie es más que nadie", traducéndolo por "Por mucho que valga un hombre, nunca tendrá mayor valor que el valor de ser hombre".

Todo esto no tendría mayor importancia que la de un bello decir y un entrañable deseo. Pero adquiere una profundidad cuando constatamos que Jesucristo se deshizo de su dignidad divina para acoger la de ser hombre. Un negocio perdedor, pero un resultado ganador: la salvación de toda la humanidad. ¿Cuándo aceptaremos como Ley, medida en nuestro pecho, y escrita en nuestro corazón; y como camino de amor hacia la pequeñez, la sencillez, la entrega sin límites para encontrarnos en el camino de seguidores de Jesús de Nazaret fundiendo al Señor con nuestra vida"?



“Procurad tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, teniendo la naturaleza gloriosa de Dios, no consideró como codiciable tesoro el mantenerse igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil 2,8).

Tomás Ramírez
tomas@dabar.es

Segunda Lectura

En 5,1-10 se describe el proceso sacerdotal de Cristo. Y a partir del v. 7 se justifica lo que ha aparecido en el v. 6 (“Tú eres sacerdote para siempre a la manera de Melquisedec”). Se apoya en el sacerdocio de Aarón y en su función de ofrecer sacrificios.

Dentro del Antiguo Testamento hay muchas historias de vocación, pero ninguna habla de vocación al sacerdocio porque este se obtenía en Israel por nacimiento y descendencia de una de las familias dedicadas desde antiguo al culto divino. Así como los profetas eran llamados de forma repentina, no así los sacerdotes. Por esto ahora, más que fijarse el autor de Hebreos en Moisés o Jeremías o Isaías, se ocupa de la figura de Aarón porque Cristo llegó al ministerio celestial a la manera de los sacerdotes y no de los profetas. Cristo heredó la investidura de sacerdote del mismo Dios.

Pero para poder ser sumo sacerdote nombrado por Dios, tenía que pasar un proceso de formación o consagración sacerdotal. Esto supone una transformación existencial y se realiza a través de la oración. Toda la existencia humana es asumida por Jesús en su oración (v. 7: “El mismo Cristo,ñ..zs que en los días de su vida mortal presentó oraciones y súplicas...”). La oración intensa transforma el objeto de la súplica y también al orante. Se mantiene la adhesión a Dios y a su voluntad a pesar de que las circunstancias sean muy adversas, ya que se presenta a Jesús en el momento final de su vida y con la muerte acechando.

En este v. 7 se alude a la escena del huerto de los Olivos, en la que Jesús, como Hijo, se entrega a la voluntad del Padre. Y los “gritos y lágrimas se refieren tanto a Jesús en ese momento, como a la comunidad que es perseguida por su fidelidad. Para ella también se pide obediencia, como para Jesús.

Sólo la obediencia puede despejar el camino hacia Dios (v. 8: “y precisamente porque era Hijo aprendió a obedecer a través del sufrimiento”). Esta obediencia, siguiendo a Jesús, brota de la oración. La oración acompaña a Jesús durante toda su vida y transforma su vida en ofrenda. Así se alcanza su consagración sacerdotal.

Así, desde su propia experiencia, Cristo puede entender y compadecerse de la miseria humana y puede ayudar en cualquier circunstancia (v. 9: “Alcanzada así la perfección, se hizo causa de salvación eterna para todos los que le obedecen”). Él ha comprendido, a través de la obediencia, y esto le ha llevado a la consagración sacerdotal, lo que le habilita para salvar a los que le obedecen. Jesús ofrece una salvación eterna porque está fundada en su sacerdocio eterno.

Con todo esto, el autor muestra en Cristo un nuevo tipo de sacerdocio eficaz que lleva a la salvación a los que sigan a Dios.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

Vamos completando el camino de esta cuaresma con la sexta semana que nos relata Juan en su evangelio, la de la tercera pasión, en la que aborda los temas de la pasión y el nacimiento a la nueva vida, en la preparación de la llegada de su hora, aún en el libro de los signos. Jesús nos habla de su inminente muerte. La versión litúrgica cercena los tres últimos versículos de la perícopa completa que abarcaría hasta el v. 36, un último diálogo final entre el pueblo y Jesús a propósito de la luz. Mientras que los sinópticos nos narran una serie de acontecimientos en la última semana de Jesús antes de la última cena, Juan reduce toda ella a esta escena. La escena discurre, pues, entre la entrada de Jesús en Jerusalén y la perícopa sobre el deber de creer en Jesús, para continuar, ya en el cap. 13, con la última cena.

Texto

Los griegos que quieren ver a Jesús son prosélitos, puesto que, de otra manera, no podrían estar participando de la fiesta. Curiosamente, se dirigen a Felipe, y este a Andrés, los dos únicos apóstoles con nombre griego, seguramente los griegos procedían de alguna ciudad de la Decápolis, poco distante de Betsaida, lugar de origen de los hermanos. Parece que los exegetas están de acuerdo con que el discurso de los vv. 22 ss. se dirige a la multitud presente, que recoge el evangelista en el v. 29, puesto que el discurso parece no tener relación con ellos. El discurso es un anuncio de la gloria a través de la muerte, con lo que se pone fin a su vida pública.

Jesús comienza su discurso aludiendo a la hora, esa hora en torno a la cual gira todo el cuarto evangelio, entendida como el retorno al Padre. Por ello, que la muerte, la pasión, forme parte de esa glorificación, ahora ya puede comenzar a desencadenarse todo. Jesús está usando un lenguaje figurado para justificar la necesidad de tener que morir para ser glorificado. Una muerte ligada a la reunión de sus seguidores en un solo cuerpo, como el grano de trigo debe morir para dar fruto. La muerte es la condición para el éxito de su obra redentora, imagen recogida ya por la tradición. Pero es una muerte que no tiene valor para él, ni para sus discípulos. La paradoja de que al morir ganará la vida y conservándola la perderá. Juan intenta clarificarlo añadiendo complementos a las expresiones que tienen validez para cualquier discípulo en todo momento y lugar. Los discípulos le seguirán en la gloria si le siguen en la muerte.

La llegada de la hora inquieta a Jesús, como cualquier hombre, se estremece ante la muerte. Se plantea si pedirle al Padre que le salve de esa hora, pero rechaza la idea porque sería oponerse a Él. Acepta su suerte si es el plan de Dios. La voz del cielo tiene sus paralelos (Dan 4, 28; 4Esd 6, 13) en el bautismo y la trasfiguración, aunque en esta ocasión solo es oída por Jesús. Pero algunos intuyen que ha recibido alguna revelación, como respuesta a su plegaria.

Los vv. finales descubren el sentido y la importancia que tiene para la humanidad la hora de la glorificación porque será la hora del juicio sobre el mundo, sobre los enemigos de Dios, los del mundo, que, por la muerte de Jesús, ser verán desprovistos de su poder, iniciando una nueva era en la que solo Dios es soberano. La exaltación de Jesús implica que los que creen en Él serán atraídos hacia sí para participar de su gloria, como nos invita a compartir su cruz, en un mundo que, al no comprender, odia y persigue a quienes realmente creen en Jesús e intentan cumplir la voluntad de Dios, así somos liberados del mundo por la cruz, para llegar a la gloria.

Pretexto

Jesús acepta la gloria que está en la cruz. Viniendo a ver a Jesús, los griegos están prefiriendo la luz a la tiniebla. Gracias a Jesús, y a su glorificación en la cruz, el mundo deja de estar dominado por el mal. Emerge, imponente, Jesús en la cruz, salvando al mundo, liberándolo de la tiniebla. El triunfo de Jesús, su grandeza, su gloria: silenciosos como semilla en tierra. ¿Es este el Jesús en el que creemos y confiamos, a pesar de que su gloria esté en la muerte? ¿O preferimos los triunfos fáciles y, por eso mismo, falsos?



Notas para la Homilía

“La cruz de Jesús nos hace ver”

“He aquí que todo el mundo le sigue” (Juan 12, 19). Así constatan los fariseos el éxito de Jesús ante la gente que lo aclama en su entrada en Jerusalén como Mesías, cuando ya está en su Semana Santa, su última semana de su misión y de su vida. Entre la gente había muchos que estaban prendados por el testimonio que se transmitía sobre la reciente resurrección de Lázaro. Entre ellos también estaban unos griegos, que van a experimentar lo que vivieron mucho antes en Galilea tanto Andrés como Felipe, los primeros llamados por Jesús, en la primera semana de su misión. Estos extranjeros no van a sentirse extranjeros junto a ellos, ni junto a Jesús.

Para nosotros, Iglesia de Jesús, los extranjeros no son intrusos, sino invitados a vivir la hora de Jesús: la hora de su gloria, porque no hay mayor gloria que la del amor y no hay mayor amor que dar la vida por los amigos, entre los que también se encuentran los extranjeros.

“Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Juan 12, 32). Todos tenemos un puesto en el centro del corazón de Dios, que nadie puede ocupar, sino es cada persona concernida. Por eso, nadie puede considerarse extranjero ante Dios ni ante la familia humana. Lo que somos ante Él es lo verdadero y auténtico. Los “clichés” o los “roles” sociales no son lo esencial. En esta Cuaresma en la que estamos ya en su recta final, se nos pide ir a lo esencial de nosotros mismos y de los demás. Lo esencial es “¡ver! ¡Ver a Jesús! ¡Ver a Dios! ¡Ver quiénes somos! Resuena de nuevo lo que Jesús dijo a Andrés y Felipe en los comienzos: “Venid y ¡veréis!”

(Juan 1, 39) ¿Seremos capaces nosotros de tomar el relevo de Andrés y Felipe para facilitar a tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo que buscan el sentido de sus vidas el poder “ver a Jesús” para poder verse a ellos mismos ante Dios?

Jesús anuncia que será elevado sobre la tierra, con su cruz, y que todos, mirándole, podrán ver quiénes son ante Dios, ante la verdad y la realidad auténtica. También Jesús quiere dar sentido a la realidad más dura y cruel de la propia existencia: nuestra futura muerte personal y la muerte de nuestros seres queridos. El significado, que Jesús da a esta realidad tan absurda y sin sentido, lo expresa con la parábola de la “semilla de trigo”: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto” (Juan 12, 24). Morir, entregando la vida, es vivir y perderla así es ganar. Ver a Jesús en la cruz nos ayuda a ver nuestra propia muerte como una entrega total de nuestra propia vida y como primicia de nuestra gloria futura. Vivida y experimentada así, la muerte adquiere otra visión mucho más fecunda y generadora de vida, para los demás y para nosotros mismos, es decir, para Dios. ¿Por quién estás entregando ya la vida?

**Juan Pablo Ferrer
juanpablo@dabar.es**

“Señor, quisiéramos ver a Jesús”
(Jn 12,21)



Para reflexionar

Los griegos que quieren ver a Jesús son prosélitos que participan de la fiesta de la Pascua y se dirigen a Felipe y Andrés, los dos únicos apóstoles con nombre griego. ¿Con qué grupos humanos tenemos contacto vital de trabajo, de diversión, de amistad, de comunidad cristiana...? ¿Percibimos lo que quieren “ver” en sus vidas? ¿Qué elementos los vinculan a la persona de Jesús? ¿Cómo podemos facilitar y “catalizar” el encuentro interpersonal con él?

Jesús anuncia que será ensalzado en la gloria a través de la muerte, como signo de entrega total de la propia vida. ¿Percibimos en los aparentes fracasos humanos la dimensión de gloria? ¿Cómo descubrimos que no hay mayor gloria que la del amor y que no hay mayor amor que dar la vida? ¿Es cierto que la muerte es la condición para el éxito de Jesús? ¿La muerte por sí misma tiene valor para Jesús?

Jesús acepta la gloria que está en la cruz. El triunfo de Jesús, su grandeza y su gloria en la cruz son silenciosos, como el éxito de la semilla en tierra. ¿Podemos aceptar el camino de Jesús, a pesar de que su gloria esté en la muerte? ¿O preferimos los triunfos fáciles y, por eso mismo, falsos?

La paradoja de Jesús de que muriendo se ganará la vida y conservándola se perderá, ¿qué repercusiones tiene en nuestra vida? ¿Conocemos casos en que así ha ocurrido?

La conversión es volver al Padre. Al finalizar la Cuaresma tenemos todavía tiempo para retornar a él. ¿Cómo percibimos que “ha llegado la hora” también para nosotros? ¿Qué actitudes de conversión habría que imprimir en nuestra vida?

“Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Juan 12, 32). La cruz de Jesús provoca la unión de sus seguidores en un solo cuerpo, ya que, al ser atraídos por él, somos reunidos en torno a él. ¿Qué ha hecho Jesús en nuestras vidas, para que nos sintamos vinculados a la comunidad actual de sus discípulos, a su Iglesia?

La llegada de la “hora” inquieta a Jesús, como cualquier hombre se estremece ante la muerte. Hasta se plantea si pedirle al Padre que le salve de esa hora, pero rechaza esta

idea porque sería oponerse a Él. Acepta esta suerte, si es el plan de Dios. La perspectiva de nuestra futura muerte, ¿nos inquieta a nosotros también? ¿Te da miedo pensar en ella y tenerla en perspectiva? ¿Qué significado quieres dar a tu muerte? ¿Y al dolor físico y anímico que implica?

Como en el bautismo y la trasfiguración relatados en los otros evangelios, Jesús percibe la voz del Padre, ¿percibes alguna vez con los oídos de la fe y de tu conciencia la voz de Dios? ¿Cuál es tu sensación? ¿Adquiere tu vida un nuevo sentido, especialmente en los momentos más absurdos y dolorosos?

Vivimos un mundo que, al no comprender a Jesús, odia y persigue a quienes creen en él. ¿Cómo vives esta situación de desprecio, indiferencia o rechazo visceral hacia ti como cristiano? ¿Cuál es tu respuesta? ¿Es de confrontación o de diálogo? ¿Es de cuestionamiento o de encerramiento mutuos?

Para la oración

Oh Dios, nuestro Padre, reconocemos que egoístamente buscamos nuestra gloria y nuestra grandeza y, sin embargo, nos sentimos pequeños y humildes ante ti, que te presentas ante nosotros como el que sirve a sus hijos y se desvela por nosotros. Transforma nuestros deseos para no ambicionar sino el seguimiento de tu Hijo Jesús en su humildad y entrega total, incluso hasta la muerte, muerte que tú transformas en vida, vida en plenitud.



Oh Dios, nuestro Padre, venimos hasta esta mesa de familia, que tú conviertes en altar, con nuestras manos llenas de ofrendas, para “ver a Jesús” en su misma Acción de Gracias, en su Cena, testamento de su amor por nosotros hasta la muerte y muerte de cruz.



En verdad, es justo que te demos gracias y te alabemos, oh Padre de ternura que enjugas

nuestras lágrimas y oyes nuestro clamor, Dios de la verdadera ley, ley no escrita en códigos ni en decretos, sino en el corazón de tu Hijo Jesús y de los que siguen la voz de la conciencia, verdadero templo de tu Espíritu Santo.

Sí, Padre, tu Hijo es la encarnación de tu Ley siempre nueva: la ley del amor y de la entrega total al servicio de los hermanos, la ley de la libertad. Durante los días de su vida mortal, con clamores y lágrimas, suplicó y luchó por su salvación y la de todos los seres humanos, sus hermanos.

Por eso, aún reconociendo entre nosotros el pecado de soberbia que nos encierra en un individualismo feroz, nos solidarizamos con tu Hijo Jesucristo que, exaltado sobre todo cuanto existe, no, por eso, deja de sufrir y llorar con los crucificados de nuestro tiempo actual.

Y ahora, Padre, con los cantos de los ángeles y los santos, con el de la Virgen María, la Madre de Dios, y de su esposo José, en su Año Jubilar... aclamamos tu fidelidad y cantamos tu inmensa bondad:



Oh Dios, nuestro Padre, tú sondeas nuestras entrañas y nuestros corazones, sabes que pecadores fuimos concebidos por nuestras madres. Renuévanos por dentro con el Pan de la Vida y con tu Espíritu, para que, junto con toda la creación, rescatada del dominio del mal, lleguemos a la perfección nuestra vocación de hijos tuyos, vocación que cimienta la fraternidad humana.

Cantos

Entrada. A Cristo Señor (Erdozain); Me invocará y lo escucharé (de la Conf. Episcopal); Camina, pueblo de Dios; Danos, Señor, un corazón nuevo (1CLN-253).

Acto penitencial. Señor, ten piedad (Erdozain).

Salmo. Perdón, Señor (1CLN-508); Oh, Dios, crea en mí un corazón puro (Erdozain).

Aclamación antes del Evangelio. Gloria a Ti, Señor (Erdozain).

Ofertorio. Attende Domine; Te presentamos el vino y el pan (Espinosa); Victoria, tú reinarás.

Santo. De Erdozain.

Comunión. Altísimo Señor; El Señor nos invita (Erdozain); Oh, Señor, delante de Ti; Danos un corazón (1CLN-718); Tan cerca de mí (Luis Alfredo).

Final. Cómo le cantaré al Señor (Cantalapiedra).

La misa de hoy

Monición de entrada

Hoy, en este domingo quinto de la Cuaresma 2021 se hace realidad tangible lo que predijo Jesús también para los hombres y mujeres de nuestro tiempo: "Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí". Hemos sido atraídos hoy por Jesús, elevado en la Humanidad por tu entrega

total hasta la muerte y muerte de cruz, cruz que por sí misma es ya glorificación del amor auténtico, generoso, sacrificial... con el que nos ama. Nos ama y se entrega por nosotros, tal como lo experimentamos en esta Eucaristía, la Fracción del Pan. Jesús es el Pan que se rompe y se parte por nosotros. ¡Mirémosle en la cruz! ¡Acojámosle con reconocimiento y gratitud hacia él!



Saludo

A todos vosotros, amados totalmente por el Padre y su Hijo y por el Espíritu: que la paz de Dios comunión trinitaria esté siempre con todos vosotros.

Acto Penitencial

Jesús extiende sus brazos en la cruz para abrazarnos a todos. Dejémonos, pues, abrazar y perdonar por él:

-Tú, Jesús, nos anuncias a nosotros, pecadores, la misericordia del Padre: Señor, ten piedad.

-Tú, Jesús, obedeces al Padre, escuchándole y confiando en él: Cristo, ten piedad

-Tú, Jesús, nos atraes hacia ti y no nos abandonas: Señor, ten piedad.

Monición a la Primera lectura

La experiencia de haber pecado contra Dios tiene al menos un lado positivo, pues provoca el ofrecimiento por parte de Dios de una alianza nueva, cuya ley moral la inscribe el Espíritu Santo en el corazón de todos los hombres y mujeres. Escuchemos las palabras del profeta, que nos urge a acoger esta alianza nueva con Dios.

Salmo Responsorial (Sal 50)

Oh Dios, crea en mí un corazón puro.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro.

Devuélveme la alegría de tu salvación, afánzame con espíritu generoso: enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro.

Monición a la Segunda Lectura

Cristo sabe bien lo que es la angustia ante la muerte, ante la enfermedad, ante las enfermedades... Comparte nuestros propios

vértigos e impotencias. Esa experiencia dramática le lleva a una perfecta confianza en el Padre y a una total obediencia a sus designios, que no son sino de salvación.

Monición a la Lectura Evangélica

Dios es la vida y vida fecunda, que genera mucha más vida. La aventura que emprendió Jesús anuncia la hora inminente de nuestro encuentro con él. Escuchemos sus palabras que expresan el significado profundo que para él tiene su cruz y su muerte.

Oración de los fieles

En este quinto domingo de Cuaresma, cuando comienza la primavera del año 2021, cuando ya vislumbramos la próxima luna llena de la Pascua, presentemos nuestra plegaria universal, de fraternidad humana, diciendo: Siembra nuestras vidas, Señor, en el campo del mundo.

-Por los que buscan a Dios con sincero corazón y todavía no lo han encontrado en Jesús y por los que nos cuesta reconocer su rostro en los pobres, exiliados, inmigrantes, transeúntes... oremos:

-Por los hombres y mujeres de la hora actual, especialmente los jóvenes, tan vulnerables ante el ambiente de increencia o de indiferencia religiosa, oremos:

-Por tantas mujeres y hombres que viven un largo "vía crucis" de sufrimiento y de lágrimas, oremos:

-Por tantos hombres y mujeres de buena voluntad que viven cotidianamente la solidaridad y el compartir, oremos:

Oh Dios, nuestro Padre, tú siembras nuestras vidas en el campo del mundo, que tanto amas y llenas de vida y alegría, escucha nuestras oraciones y haz germinar en lo más secreto de nuestras vidas la promesa de una abundante cosecha de paz y bien. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Despedida

Trazándose sobre todos nosotros la señal de la cruz, signo imborrable de la nueva Alianza, Dios nos compromete a seguir a Jesús y nos envía a la misión de servir y de compartir. ¡Podéis ir en paz!





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Domingo V Cuaresma, 21 marzo 2021, Año XLVII, Ciclo B

JEREMIAS 31, 31-34

«Mirad que llegan días oráculo del Señor en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. No como la alianza que hice con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto: ellos quebrantaron mi Alianza, aunque yo era su Señor -oráculo del Señor. Sino que así será la alianza que haré con ellos, después de aquellos días -oráculo del Señor: Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: "Reconoce al Señor". Porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande oráculo del Señor, cuando perdone sus crímenes y no recuerde sus pecados».

HEBREOS 5, 7-9

Cristo, en los días de su vida normal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna.

JUAN 12, 20-33

En aquel tiempo, entre los que habían venido a celebrar la fiesta había algunos griegos; éstos, acercándose a Felipe, el de Betsaida de Galilea, le rogaban: «Señor, quisiéramos ver a Jesús». Felipe fue a decírselo a Andrés, y Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les contestó: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. Os aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna. El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí estará también mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo premiará. Ahora mi alma está agitada, y ¿qué diré?: Padre, líbrame de esta hora. Pero si por esto he venido, para esta hora. Padre, glorifica tu nombre». Entonces vino una voz del cielo: «Lo he glorificado y volveré a glorificarlo». La gente que había estado allí y lo oyó decía que había sido un trueno; otros decían que le había hablado un ángel. Jesús tomó la palabra y dijo: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Y cuando yo sea elevado sobre la tierra atraeré a todos hacia Mí». Esto lo decía dando a entender la muerte de que iba a morir.